

Edicto de Bendición Apostólica

JOSÉ DELICADO BAEZA, ARZOBISPO DE VALLADOLID

HACEMOS SABER: Que de acuerdo con el ceremonial de Obispos (Parte VI. Cap. XXIII. II. 1122-1126), hemos determinado dar a los fieles BENDICIÓN APOSTÓLICA con indulgencia plenaria, según las disposiciones de la Iglesia, en la Misa concelebrada que presidiremos en la *solemnidad de la Resurrección del Señor*, día 31 de marzo, a la una de la tarde, en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana.

Dado en Valladolid, a quince de febrero de dos mil dos.

† JOSÉ, ARZOBISPO DE VALLADOLID
Por mandato del Sr. Arzobispo:
EPÍMACO CUADRADO RODRÍGUEZ,
Canciller-Secretario Gral.

Homilía en la Misa con motivo del Centenario del nacimiento del Beato Josemaría, fundador del Opus Dei (9-I-2002)

Eucaristía de acción de gracias, estímulo de vida cristiana por su ejemplaridad personal y su obra acreditada por la Iglesia, y confianza en su mediación intercesora ante el Señor.

La Oración colecta nos ilumina el sentido recapitulador de los motivos de esta celebración: "Señor y Dios nuestro, que elegiste al Beato Josemaría, presbítero, para anunciar en la Iglesia la vocación universal a la santidad y al apostolado: concédenos, por su intercesión y su ejemplo, que, realizando fielmente el trabajo cotidiano según el Espíritu de Cristo, seamos configurados a tu Hijo y, en unión con la santísima Virgen María, sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención. Por J.C.N.S."

La Palabra de Dios de las tres lecturas nos ayuda todavía más a profundizar en este sentido.

1. GÉNESIS 2, 4b, 9, 15: "EL SEÑOR DIOS TOMÓ AL HOMBRE Y LO COLOCÓ EN EL JARDÍN DEL EDÉN, PARA QUE LO GUARDARA Y LO CULTIVARA"

Todo parte de Dios. Dios se anticipa al hombre. El hombre no es sólo naturaleza sino también vocación y misión. Tiene que responder guardando y cultivando la tierra, haciendo fructificar el don recibido con su trabajo o respuesta activa. Así participará de la misma naturaleza divina y será santo.

2. ROMANOS, 8, 26-30: "A LOS QUE HABÍA ESCOGIDO, DIOS LOS PREDESTINÓ A SER IMAGEN DEL HIJO, PARA QUE ÉL FUERA EL PRIMOGÉNITO DE MUCHOS HERMANOS"

Esta vocación y misión del Génesis se ilumina con más profundidad a la luz de la revelación neotestamentaria. Nos lo recuerda el papa Juan Pablo II en la homilía de la beatificación (17-V-92): "Con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por eso el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado cuando se vive en unión con Jesucristo, pues el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha unido en cierto modo a toda la realidad del hombre y a toda la creación. En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo Beato nos recuerda que esas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para la gloria del Creador y al servicio de los hermanos, pueden ser camino para el encuentro con los hombres en Cristo. "Todas las cosas de la tierra —enseñaba—, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios".

Como nos dice San Pablo, es el Espíritu quien viene en ayuda de nuestra debilidad, es el que nos enseña a pedir lo que nos conviene y el que intercede por nosotros; el que morando en nuestros corazones nos comunica el mismo amor de Dios, de tal manera que a quienes desean amar a Dios así, todo les sirve para el bien.

Dice el Santo Padre en la homilía: "La vida espiritual y apostólica del nuevo beato estuvo fundamentada en saberse, por la fe, hijo de Dios en Cristo. De esta fe se alimentaba su amor al Señor, su ímpetu evangelizador, su alegría constante, incluso en las grandes pruebas y dificultades que hubo de

superar. "Tener la cruz es encontrar la felicidad, la alegría —nos dice en una de sus meditaciones—; tener la cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijos de Dios".

A veces la curiosidad humana nos inclina a amar los carismas más llamativos, como serían las revelaciones o los milagros. San Pablo nos recuerda que el más importante es el amor. Consta históricamente que, tras el período inicial de las comunidades primitivas, los carismas de significativa relevancia, no los ordinarios de la santificación y el de gobierno, parecen disminuir. Este hecho lo constata Orígenes en el siglo III. San Juan Crisóstomo, tras el comienzo de la era constantiniana, ya no considera necesarios ciertos signos del Espíritu, porque eran auxilios provisionales para la Iglesia naciente todavía frágil. San Agustín los considera signos de la credibilidad de la Iglesia, necesarios al comienzo, pero no después, porque el signo por excelencia es la vida de santidad de la misma Iglesia.

El Concilio Vaticano II nos habla de los carismas: "El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y los adorna con virtudes, sino que también reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier condición 'distribuyendo a cada uno según quiere' (1 Cor 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia, según aquellas palabras: 'A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad' (1 Cor 12, 7)" (LG 12). De ahí que insista, como el Beato Josemaría, en la llamada universal a la santidad: "Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor" (LG 40).

3. LUCAS 5, 1-11: "REMA MAR ADENTRO Y ECHAD LAS REDES PARA PESCAR"

Esta es la exhortación y la frase más repetida por el Papa en su carta apostólica "Novo millennio ineunte", que es tanto como decir: meteos en el espesor de la vida sin miedo, sino con gran confianza en la asistencia del Señor, en la gracia, que nunca os faltará. Por eso insiste en que hay que caminar desde Cristo: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

La perspectiva en la que debe situarse esta peregrinación o navegación es la de la santidad. Se necesitan creyentes que se fien de Cristo y se dejen guiar por su Espíritu, y no sólo personal y aisladamente, sino también comunitariamente. Esta vida de santidad es el tejido de ese signo del Reino de Dios que se manifiesta en la vida ordinaria de la Iglesia: lo constituyen las buenas obras (Lc

6, 43-44), el amor fraterno (Jn 13, 34-35) y la evangelización de los pobres (Lc 4, 18). La caridad, que es el principal y el más universal de los carismas, debe producir actitudes de misericordia y de renovación de la vida en todas sus dimensiones. Por eso debe conducir al combate para liberar al hombre de todas sus esclavitudes y dependencias: del propio pecado, pero también de la injusticia, de la explotación, del hambre, del terrorismo, de la guerra. Se necesita una presencia activa y social de los cristianos en las grandes cuestiones actuales. Presencia motivada por el espíritu evangélico de pobreza y sencillez, de ese amor carente de egoísmo, gratuito y misericordioso, sin acepción de personas, volcado con predilección a los más necesitados.

Este comportamiento es manifestación de una presencia moral en la sociedad que, siendo ordinaria, se sale de lo corriente, porque los valores usuales son con frecuencia los contrarios. Para que sean significativos han de ser comunitarios. Las comunidades que viven en el Espíritu de Jesús y están abiertas a la misión, son como una especie de milagro moral, un signo de su presencia convocadora y dinamizadora. Es el dinamismo requerido para la nueva evangelización. La "Novo millennio ineunte" insiste en este punto: Hay que hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Éste es el gran desafío que tenemos en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. Hay que promover una espiritualidad de comunión como principio educativo en todos los lugares en donde se forma el hombre y el cristiano, y cultivar los espacios de comunión en todo el entramado de la vida de la Iglesia, entre todos los miembros del pueblo de Dios, instituciones y asociaciones, valorando y haciendo eficaces los cauces de participación previstos por el Derecho canónico y por las directrices diocesanas al efecto. Todo ello orientado a la misión, porque el cometido de la Iglesia es reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer su rostro ante las generaciones del nuevo milenio.

Esta es la espiritualidad que el Beato Josemaría quería infundir a sus discípulos. Él mismo lo explica: "Si se quiere buscar alguna comparación, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían a fondo su vocación cristiana; buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime del Bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los miembros del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente, viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a la exigencias de su fe" ("Conversaciones, n° 24).

Terminemos como hemos comenzado pidiendo en la Oración colecta: que cada uno de nosotros, respondiendo a nuestra propia vocación y siendo